

El Estado teotihuacano II

Una nueva interpretación

Enrique Florescano

Desde tiempos de los aztecas la ciudad de Teotihuacan permaneció sumergida bajo el sello del enigma. Enrique Florescano nos revela, a la luz de recientes investigaciones, algunos de los rasgos que caracterizaron la civilización teotihuacana.

Teotihuacan se desarrolló entre los siglos I a VI (otros autores fijan el colapso hacia 650) y en esta última centuria su capital, palacios, templos, bibliotecas e imágenes de sus gobernantes fueron destruidos con furia devastadora. Por la magnitud de esa destrucción no disponemos de datos confiables para definir las características de su gobierno. Pese a ello, la influencia de su legado político y cultural se esparció por distintos rumbos, produjo numerosos testimonios indirectos y una impresión indeleble en el imaginario colectivo de Mesoamérica. Con estos testimonios, y los más reveladores que brindan las investigaciones de las últimas tres décadas, intentaré una caracterización de la fisonomía política de Tollan-Teotihuacan en la época de su esplendor.

En principio conviene hacer a un lado las interpretaciones fantasiosas y las ya superadas por los estudios publicados en los últimos años. Dejemos entonces descansar en el desván del olvido la tesis que sostenía que Teotihuacan era un Estado teocrático, gobernado por una élite de sacerdotes.¹ En cambio, debe recordarse

que el arqueólogo Ignacio Bernal, apoyado en nuevos testimonios, postuló en 1965 la posibilidad de un “imperio teotihuacano”. En su análisis delimitó el área de dominación directa de Teotihuacan (el Valle de México, el valle poblano-tlaxcalteca, el sureste de Hidalgo, Morelos), y las regiones alejadas donde se habían encontrado vestigios de la presencia teotihuacana (la costa de Veracruz, el área maya, Oaxaca, la costa sur del Pacífico, el norte de México, etcétera). La extensión de esos territorios y la persistencia del poder teotihuacano en algunos de ellos, llevó a Bernal a concluir que esa relación debió sustentarse en fuerzas militares.² Incluyó también el comercio de larga distancia como complemento del poder imperial, aduciendo que el famoso gremio pochteca de los mexicas establecía sus tratos en áreas ya supeditadas o que iban “a ser controladas por la ciudad que los envió”. Decía que “es pro-

² Ignacio Bernal, “Un posible imperio teotihuacano”, 1965, pp. 145-151. Para apoyar su argumento sobre el militarismo teotihuacano, dice: “En Teotihuacan desde la época II hay figuras claras de Xipe, de corazones humanos, de cuchillos de sacrificio y de la sangre como elemento precioso, evidencias de canibalismo, huesos humanos hechos trofeos y cabezas-trofeos. Hay también representaciones de caballeros águilas y tigres que, como sabemos por datos aztecas, estaban íntimamente unidos a la necesidad de hacer prisioneros para sostener la vida del Sol”. Véase pp. 148-150.

¹ Piña Chan, *Una visión del México prehispánico*, UNAM, 1967, pp. 200-201. Afirmaba el autor en esta obra que “La sociedad teotihuacana estuvo gobernada por una casta sacerdotal, integrada por nobles y jefes de elevada alcurnia, los cuales no solamente tenían funciones religiosas, sino también políticas, administrativas y comerciales...”.

bable que Teotihuacan sólo estableciera colonias en esas regiones...”.³

Años más tarde Alfredo López Austin propuso una definición de la organización política de Teotihuacan basada en el poder del Estado sobre el territorio, en contraste con el poder tradicional de los linajes en el gobierno, como es el caso de los reinos mayas. Según esta hipótesis, “El fundamento del gobierno [teotihuacano] sufriría una transformación profunda: el poder centralizado ya no derivaría del linaje [de grupos de parentesco descendientes de un ancestro común], pues abarcaría grupos de distinto origen. El poder se ejercería sobre los habitantes de un territorio —quienesquiera que fuesen—, y no sobre los hombres pertenecientes a una línea de descendencia. Si así fue, el gran paso a la organización política estaba dado. El poder centralizado no era ya el de los ‘hermanos mayores’” [los jefes de los linajes].⁴

Por su parte, Zoltan Paulinyi afirmó que Teotihuacan y Tula inauguraron una forma de gobierno caracterizada por la coregencia de varios gobernantes. En contraste con la tradición mesoamericana del tlatoani o el ajaw, autoridades concentradoras del poder, Paulinyi sostiene la existencia de gobernantes que habrían aceptado la división del mando y el cogobierno, una hipótesis también manejada por René Millon y otros autores.⁵ En

³ *Ibidem*, pp. 148-149.

⁴ Alfredo López Austin, “La historia de Teotihuacan”, *El equilibrio-Citycorp/Citybank*, México, 1989, pp. 13-35. La cita corresponde a la p. 32. Véase también López Austin y López Luján, *El pasado indígena*, pp. 113-114.

⁵ Zoltan Paulinyi, “Capitals in Pre-Aztec Central Mexico”, en *Acta Orientalia Academiae Scientiarum Hungaricae*, 1981, pp. 315-350. Por su parte, Millon (“Teotihuacan Studies: From 1950 to 1990 and Beyond”, p. 340), dice: “Rulership at Teotihuacan for the last 400-500 years of its history appears to have been kept in check by a collective leadership”. Anteriormente, Kubler (*The Iconography of the Art of Teotihuacan*) y Pasztory (“Abstraction and the Rise of an Utopian State at Teotihuacan”, pp. 281-320) sugirieron la existencia de un gobierno colectivo en Teotihuacan.

fechas más recientes, Linda Manzanilla escribió que Teotihuacan “podría haber estado dirigido por dos o cuatro cogobernantes”.⁶ Mi interpretación difiere de la de estos autores, aun cuando se apoya en fuentes semejantes. Se asienta en lo que llamaré modelo mesoamericano de Estado, cuyos rasgos distintivos se consolidaron en el Periodo Clásico y se propagaron luego en diversas regiones.

En el capítulo dedicado al origen del Estado olmeca vimos que éste nace apoyado por una agricultura de aluvión que multiplica las cosechas de maíz y crea las primeras ciudades, las células que unifican a grupos diferenciados por tareas agrícolas, artesanales, comerciales y político-religiosas. La aglomeración urbana, con sus numerosas actividades interrelacionadas, impone nuevos lazos sociales e instala un basamento para forjar identidades comunes, dentro de un espacio territorial y social delimitado. A su vez, el crecimiento del centro urbano conlleva a desarrollar relaciones económicas y políticas en las regiones próximas y a establecer flujos comerciales con la periferia inmediata y lejana. El sujeto que comanda estas acciones es el Estado por mediación de sus dirigentes. Y como hemos visto desde los orígenes del Estado el tlatoani o el ajaw asumen la representación política, desempeñan las funciones de cabeza del reino, capitán de los ejércitos y sacerdote rector de las ceremonias públicas.

Este canon de la historia política de Mesoamérica está presente en Tollan-Teotihuacan. El nacimiento de la gran ciudad y su pasmoso programa de construcciones colosales realizadas en un lapso de 100 a 250 años (las pirámides del Sol y de la Luna, la dilatada Calle de los Muertos y el conjunto de La Ciudadela con el edificio de la Serpiente Emplumada) son testimonios de la presencia de gobernantes poderosos que ejercían un poder incontestable sobre la población y manejaban los hilos ideológicos y religiosos que hicieron de ese programa un proyecto imantado por fuerzas sobrenaturales y cargado de prestigio.⁷

Desde sus inicios Tollan-Teotihuacan se define como un Estado centralizado y jerárquico, sustentado en los tributos de las poblaciones dominadas. Es verdad que carecemos de registros históricos sobre los tributos que alimentaron a la gran metrópoli, pero la extensión de la ciudad, el tamaño de sus palacios, los numerosos templos y conjuntos departamentales, y la calidad y variedad de

⁶ Linda Manzanilla, “Devenir y colapso de una megalópolis: Teotihuacan en los siglos V y VI d.C.”, 2005, de próxima publicación en el libro de la Academia Mexicana de Ciencias, *Descubrimientos y aportaciones científicas y humanísticas mexicanas en el siglo XX*. Véase también, de la misma autora, “Organización sociopolítica de Teotihuacan: lo que los materiales arqueológicos nos dicen o nos callan”, pp. 3-21.

⁷ René Millon, “Teotihuacan, City, State and Civilization”, en Jeremy A. Sabloff (compilador), *Handbook of Middle American Indians*, University of Texas Press, Austin, 1981, pp. 212, 217, y “The Last Years of Teotihuacan Dominance”, pp. 112-113.

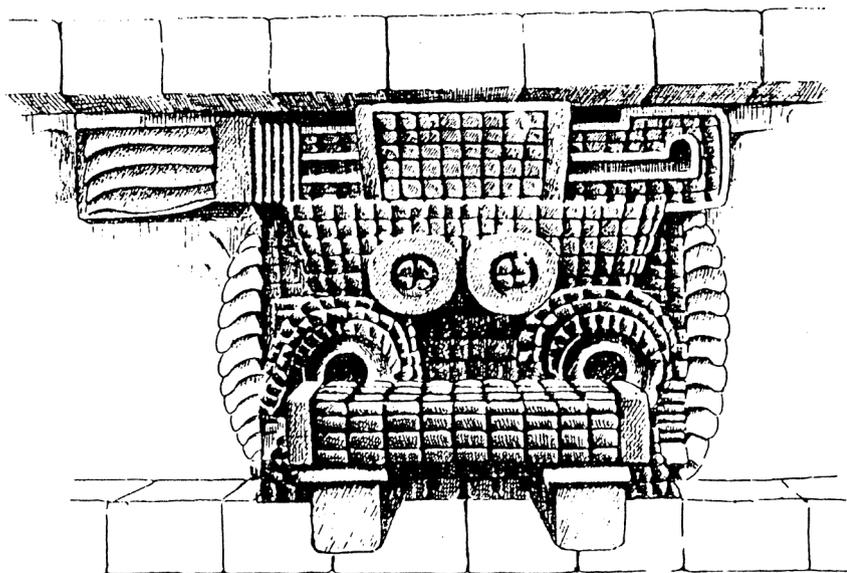


Figura 1. Imagen de la Serpiente de la Guerra en Teotihuacan. Foto tomada de Taube, 1992, figura 5

sus creaciones artesanales y culturales son indicadores de las sumas cuantiosas de alimentos, productos naturales, materias primas y bienes suntuarios que llegaban al reino procedentes de diversas regiones. Si consideramos, asimismo, que Cholula, Xochicalco, Chichén-Itzá, Tula, México-Tenochtitlan y otros reinos de ascendencia tolteca fueron organizaciones políticas asentadas en la imposición de tributos, la lógica histórica sugiere que Teotihuacan fue una metrópoli sustentada por un sistema tributario similar. Quizás es el primer ejemplo de un régimen tributario que se extendía más allá de su periferia inmediata.

Es claro asimismo que el régimen tributario de Tollan-Teotihuacan fue un derivado del extraordinario desarrollo de su poderío militar. En el artículo que publiqué en el mes de septiembre de esta revista presenté los datos que muestran la presencia militar y política de Tollan-Teotihuacan en los valles de Puebla-Tlaxcala, en los reinos mayas del Petén, en la costa del Pacífico y el centro de Guatemala, en Palenque y en la península de Yucatán. En esas regiones la huella de la metrópoli se materializó en la parafernalia militar y en la imagen de la Serpiente de la Guerra, un icono bélico oriundo de Tollan, que aparece esculpido por primera vez en el edificio de la Serpiente Emplumada de Teotihuacan (figura 1), y que más tarde fue adoptado por numerosos reinos. Con la Serpiente de la Guerra se difundieron en Mesoamérica el átlatl o lanzadardos, los escudos, los uniformes de guerra afelpados y los símbolos bélicos de estirpe tolteca (figura 2). Para los pobladores de esas regiones, Tollan-Teotihuacan fue el arquetipo del poder militar y el modelo del reino ideal.⁸

Pero si los testimonios citados dan cuenta de la expansión militar y política de Tollan-Teotihuacan en esas regiones, queda por dilucidar la naturaleza de ese dominio. Los teóricos de los antiguos Estados imperiales distinguen varias formas de dominación. Una es la conquista militar, seguida por la imposición de un gobierno del mismo género; otra, la conquista militar acompañada por una alianza entre los vencedores y las élites derrotadas que permitía a éstas mantener un gobierno dependiente de los conquistadores, pero sin romper el tronco dinástico nativo. La primera es probable que nunca se diera en Mesoamérica porque implicaba el oneroso mantenimiento del ejército conquistador en el territorio ocupado, la disposición en éste de una extensa infraestructura agrícola, una red de comunicaciones prolongada y segura, y el riesgo siempre latente de perder la lealtad de los ejércitos estacionados en sitios remotos.⁹

⁸ Karl Taube, "The Temple of Quetzalcoatl and the Cult of Sacred War at Teotihuacan", en *Res*, 21, 1992, pp. 53-87.

⁹ Véanse las características de este tipo de dominio militar en Michael Mann, *The Sources of Social Power*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986, pp. 143-144.



Figura 2. Imagen de la serpiente emplumada asociada a la realeza en Teotihuacan. Parte de una vasija teotihuacana encontrada en el palacio de Zacuala. El personaje, que lleva un elaborado tocado, está asociado con la cabeza de una serpiente asentada en una estera, símbolo del poder real. Dibujo basado en Séjourné 1994: 193

La combinación de fuerza militar conquistadora seguida por el establecimiento de un gobierno apoyado por los miembros de la nobleza local fue una forma de dominación quizá probada por Teotihuacan en los reinos mayas de Tikal, Copán y Quiriguá, y probablemente en otras regiones.¹⁰ Los reyes de ascendencia teotihuacana promovidos al poder en Tikal, Copán, Quiriguá, Río Azul y otras ciudades, son un ejemplo de gobiernos apoyados por la fuerza política y militar de Tollan, pero que disfrutaban de márgenes amplios de autonomía. Es decir, conservaron su propia lengua, instituciones políticas y tradiciones religiosas, como lo puede apreciar quien lea la historia de su desarrollo en la época clásica temprana y más tarde.¹¹

Además de mantener una alianza política estrecha con el poder metropolitano, es probable que los reinos mayas pagaran tributos en materias primas y objetos de lujo a los gobernantes de Tollan, como parece sugerirlo la presencia en la gran ciudad de cantidades considerables de jade, plumas de quetzal, pieles de jaguar, maderas tropicales, conchas y caracoles marinos, cacao, cerámica y objetos de lujo mayas. Lo que es claro es que entre los años 350 y 500 hubo una interacción considerable entre los reinos mayas y Tollan y que ambas regiones se influyeron mutuamente.¹² También salta a la vista que los "imperios" mesoamericanos ca-

¹⁰ Véanse las obras citadas de Cowgill, "Teotihuacan and Early Classic Interaction: A Perspective From Outside the Maya Region", en Braswell (editor), *The Maya and Teotihuacan. Reinterpreting Early Classic Interaction*; y también los estudios de Sharer, "Founding Events and Teotihuacan Connections at Copan, Honduras"; Fash y Fash, "Teotihuacan and the Maya: A Classic Heritage"; y Stuart, "The Arrival of Strangers. Teotihuacan and Tollan in Classic Maya History".

¹¹ Véase, por ejemplo, Martin y Grube, *Chronicle of the Maya Kings and Queens*, Thames and Hudson, 2000.

¹² Karl Taube, "Tetitla and the Maya Presence at Teotihuacan" en Geoffrey Braswell (editor), *The Maya and Teotihuacan. Reinterpreting Early Classic Interaction* University of Texas Press, Austin, 2003, pp. 273-314. Las ofrendas recientemente encontradas en la pirámide de la Luna muestran un intercambio temprano de objetos mayas en la capital tolteca. Véase Sugiyama y López Luján (editores), *Sacrificios de consagración en la Pirámide de la Luna*, CNCA-INAH, México, 2006.

recieron de los recursos militares, económicos e ideológicos suficientes para avasallar a los Estados vecinos e imponer una dominación hegemónica. Tikal, Copán, Quiriguá y otras ciudades recuperaron su autonomía y reivindicaron sus identidades mayas después del siglo IV, cuando se debilitó la presencia de Tollan en esos territorios.

Veamos ahora el tema de la naturaleza del poder en Tollan, uno de los asuntos más embrollados en la historia política de Mesoamérica. Su discusión comenzó cuando algunos autores percibieron el contraste entre los numerosos testimonios monumentales, pictóricos y escriturales que exaltaban la realeza maya y el caso de Tollan-Teotihuacan, donde casi no se encuentra huella de la efigie del soberano. Apoyados en esta ausencia de imágenes del poder, varios autores postularon la existencia de una teocracia y otros arguyeron que en Tollan hubo un gobierno colectivo repartido entre tres o más jefes políticos, como hemos visto antes. No comparto estas interpretaciones. En primer lugar porque van en contra de la tradición política de Mesoamérica. Anteriormente mostré con ejemplos que desde los orígenes del cacicazgo y los primeros reinos, estas instituciones descansaron en el poder personalizado del jefe político. Los reinos olmecas de San Lorenzo y La Venta son ejemplos prístinos de esa tradición, con su elenco de memorables esculturas que exponen los retratos de sus gobernantes y los atributos guerreros y sagrados que los adornaban.

La tesis que defiende la existencia de un gobierno colectivo es también contraria a la tradición de Tollan. Según los arqueólogos concentrados en el estudio de esta metrópoli, sus orígenes aparecen vinculados a gobernantes ambiciosos que fundan la dinastía de Tollan y se hacen erigir mausoleos de la magnitud del edificio

de la Serpiente Emplumada y probablemente de la pirámide del Sol. Saburo Sugiyama ha roto lanzas con la interpretación de que la cueva que recorre la pirámide del Sol era una celebración del culto al inframundo, la matriz que originó a los grupos étnicos que poblaron Mesoamérica. En lugar de esta tesis antigua y aceptada, sugiere que esa cueva fue la tumba real de uno de los primeros gobernantes de Teotihuacan. El más notable de estos jefes es el que llevó el título de Serpiente Emplumada y mandó construir el magnífico edificio de ese nombre para celebrar la inauguración de su dinastía y guardar sempiternamente sus restos mortales. Desafortunadamente esto último no se ha podido verificar porque la tumba principal de ese edificio fue saqueada desde tiempos prehispánicos.¹³

Apoyado en estos testimonios sugiero que el edificio de la Serpiente Emplumada fue el mausoleo del fundador del linaje o dinastía de la Serpiente Emplumada. Baso esta presunción en el hecho de que a partir de la erección de este monumento (150-210 d.C.), la imagen de la Serpiente Emplumada se convirtió en el emblema de los gobernantes de estirpe tolteca y por esa razón éstos fueron siempre llamados Serpiente Emplumada (Quetzalcóatl entre los nahuas o Kukulcán en el

¹³ Millon, "Teotihuacan, City, State and Civilization", pp. 212-213; Sugiyama, "Teotihuacan as an Origin for Postclassic Feathered Serpent Symbolism", pp. 129-130; Sugiyama, "Militarismo plasmado en Teotihuacan", pp. 203-204. Sobre las diferencias entre el Estado teotihuacano y los reinos mayas, véase Angulo Villaseñor, "Formación del Estado teotihuacano y su impacto en los señoríos mayas", pp. 459-483. Sobre las tumbas encontradas en el interior del edificio de la Serpiente Emplumada y su saqueo temprano véase Sugiyama, "Termination Programs and Prehispanic Looting at the Feathered Serpent Pyramid in Teotihuacan, Mexico" y su último libro: *Human Sacrifice, Militarism and Rulership. Materialization of State Ideology at the Feathered Serpent Pyramid, Teotihuacan.*

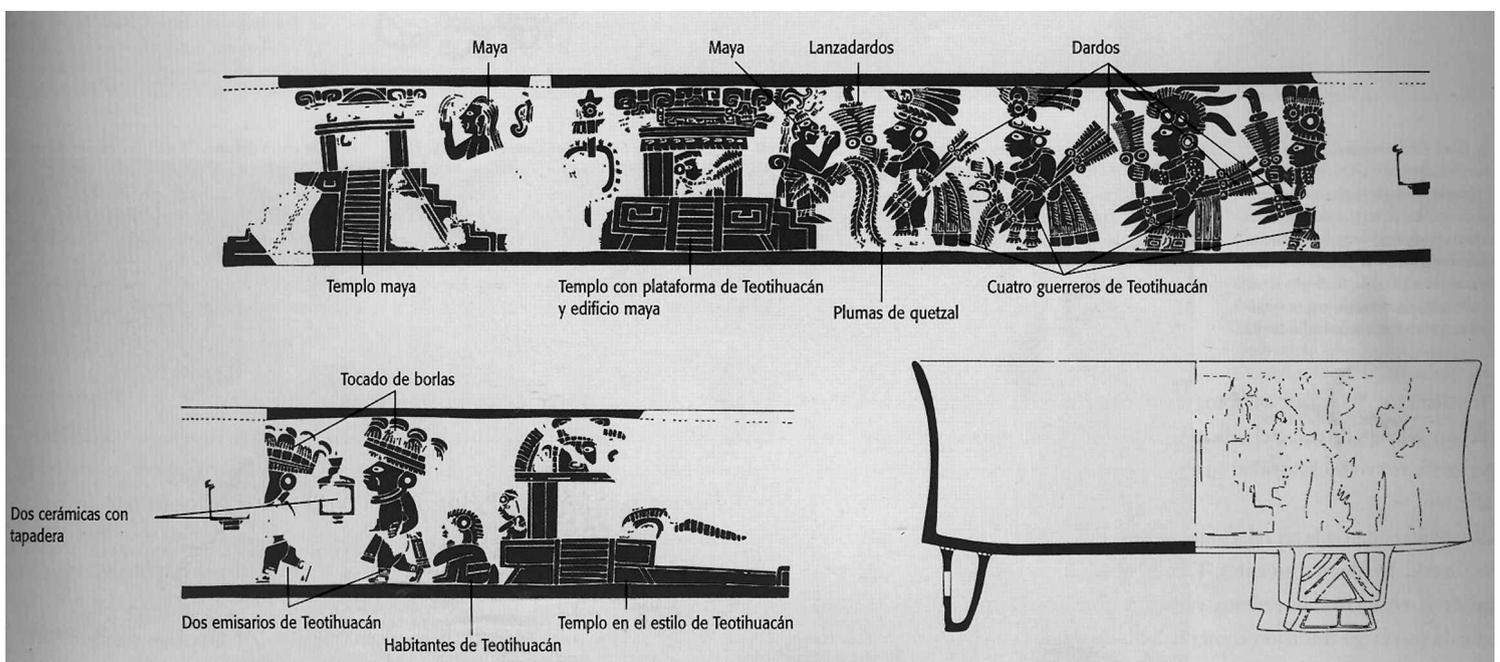


Figura 3. Vaso de Tikal que muestra el arribo de cuatro guerreros teotihuacanos a un edificio maya acompañado por dos personajes con el tocado de borlas que identifica a los dirigentes. Foto tomada de Grube, 2000: 107

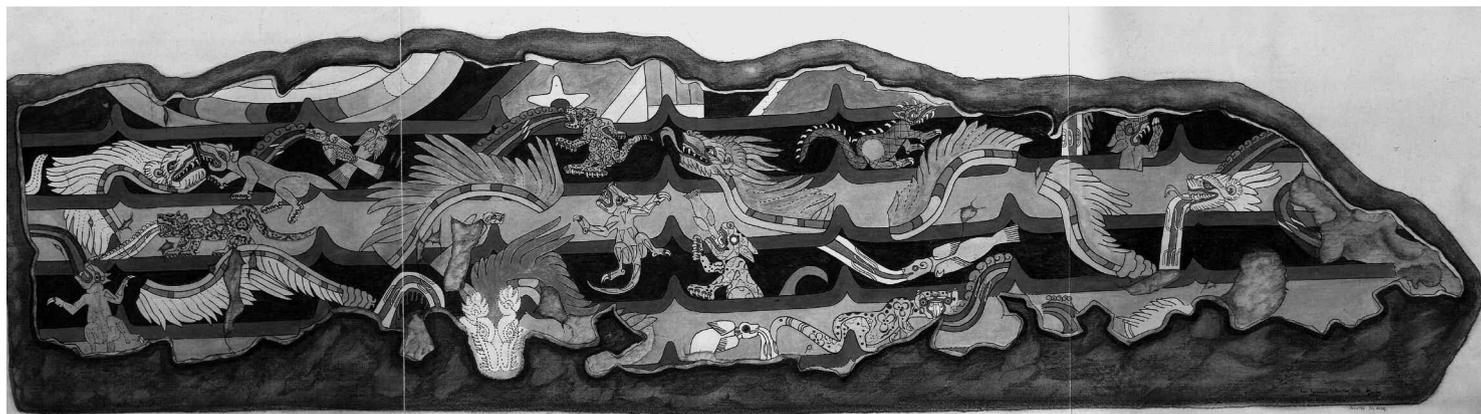


Figura 4. Imagen de la Serpiente Emplumada en un medio marino rodeada por animales fantásticos en una pintura mural de Teotihuacan. Foto tomada de Beatriz de la Fuente, *La pintura mural prehispánica en México. Teotihuacan*, 1995: I, 101, lámina 5

área maya).¹⁴ Esta hipótesis se ha fortalecido por los datos que cito enseguida.

El palacio de este gobernante (que desde su descubrimiento en la década de 1910 ha sido llamado erróneamente templo) vino a ser también el paradigma de las sucesivas casas reales edificadas por los descendientes de las dinastías toltecas. Como lo he mostrado en otra parte, Xochicalco, Chichén-Itzá y Tula edificaron palacios reales siguiendo el modelo del edificio de la Serpiente Emplumada de Teotihuacan, y en el pórtico colocaron las esculturas de las famosas serpientes emplumadas descendentes.¹⁵ En la literatura política de Mesoamérica no hay otro soberano que haya suscitado tal número de alabanzas, propensiones imitativas y cultos personalizados en tantas regiones y culturas. En los monumentos y las tradiciones toltecas el mayor elogio está cifrado en la persona de Quetzalcóatl, el soberano a quien se atribuyen las virtudes del ejercicio del poder y la sabiduría política. Como se ha visto antes, Quetzalcóatl es el paradigma del gobernante y Tollan el centro legitimador del poder político. Puede entonces decirse que los emblemas, los símbolos y la parafernalia tolteca del poder nacieron en Tollan-Teotihuacan y luego fueron adoptados y multiplicados por los reinos que reclamaron provenir de esa estirpe prestigiosa.

Cómo se transmitió esta tradición legendaria es un misterio. Investigaciones recientes en el edificio de la Serpiente Emplumada indican que este monumento se terminó hacia el año 210. Sin embargo, unos cincuenta años más tarde, el edificio que simbolizó la consagración de una dinastía de guerreros conquistadores, dedicado a preservar la memoria del fundador de ese hito histórico, fue compulsivamente destruido, saqueado,

desacralizado y casi cubierto por una nueva construcción (la llamada “Adosada”), a principios del siglo IV. Según la hipótesis de Saburo Sugiyama, esta desacralización fue consecuencia de un grave conflicto político que quizás entrañó un cambio dinástico, la sustitución de los herederos de la Serpiente Emplumada por un nuevo linaje.¹⁶ Y sin embargo, a pesar de esta reacción contraria a la tradición política y los emblemas de la Serpiente Emplumada, su nombre carismático, la fama de guerrero conquistador y el aura de gobernante sabio renacieron más tarde en Teotihuacan y en distintos puntos del territorio de Mesoamérica después de la caída de Tollan hacia 550 d.C. Desde esos años hasta la conquista de Tenochtitlan en 1519, los emblemas que significan el nombre de la Serpiente Emplumada se mantuvieron como símbolos paradigmáticos del poder político, el gobierno sabio y el reino civilizado.

La afirmación de que Teotihuacan tenía un régimen político distinto al de Mesoamérica descansó por largos años en la ausencia de retratos de sus gobernantes. Atribuyo esa laguna no a la existencia de una organización política distinta, sino a la destrucción inaudita que asoló a la ciudad en el momento de su caída, una destrucción obsesiva, furiosa y desacralizadora, registrada por René Millon y otros autores.¹⁷ Por otra parte, la tesis de que en Teotihuacan no existieron imágenes y monumentos dedicados al poder ha sido erosionada por los descubrimientos antes citados en el edificio de la Serpiente Emplumada, y por el hallazgo de pinturas y testimonios que representan a la Serpiente Emplumada asociada con la realeza y a individuos personalizados por ese emblema (figura 3). Los estudios arqueológicos

¹⁴ Enrique Florescano, *Quetzalcóatl y los mitos fundadores de Mesoamérica*, capítulos 3, 4 y 6, Editorial Taurus, 2004.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 223-226. El primero en señalar que los edificios con el pórtico o la entrada enmarcados con esculturas de la serpiente emplumada estaban vinculados con la autoridad y la función pública fue George Kubler en su estudio “Serpent and Atlantean Columns: Symbols of Maya-Toltec Polity”, *The Journal of the Society of Architectural Historians*, volumen 41, número 2, mayo 1982, pp. 93-115.

¹⁶ Saburo Sugiyama, “Termination Programs and Prehispanic Looting at the Feathered Serpent Pyramid in Teotihuacan, Mexico”, University of New Mexico Press, Albuquerque, pp. 147-164. Figura 13.3. Véase, asimismo, Angulo, “Teotihuacan. Aspectos de la cultura a través de su expresión pictórica”, 1998, pp. 169-170; y el estudio reciente de Sugiyama, *Human Sacrifice, Militarism and Rulership. Materialization of State Ideology at the Feathered Serpent Pyramid, Teotihuacan*.

¹⁷ Millon, “Teotihuacan, City, State and Civilization”, pp. 235-238, y “The Last Years of Teotihuacan Dominance”, pp. 156-158.

cos e iconográficos de Saburo Sugiyama y Karl Taube mostraron con datos persuasivos que en Teotihuacan la imagen de la Serpiente Emplumada es un icono político, un símbolo del poder real. Su figura se identifica con la guerra, el sacrificio humano, la conquista y la autoridad política. Es probable que la Serpiente Emplumada fuera en sus inicios un símbolo de la fertilidad que más tarde se convirtió en emblema del poder por su virtud de derramar bienes entre los gobernados. Una rica colección de imágenes teotihuacanas la representa vertiendo chorros de agua de su boca (figura 4). Y como observa Karl Taube, “El agua que mana de la boca de las serpientes emplumadas [...] puede ser también una referencia a los cargos de gobierno: regar y cultivar son metáforas de gobierno”.¹⁸

Así, todo indica que Teotihuacan, al igual que otros reinos de ascendencia tolteca, fue gobernado por una dinastía de tlatoque. Es también probable que la palabra tlatoani (el que habla), adquiriera su significado político pleno en Tollan-Teotihuacan. Los muros pintados de esta gran ciudad así parecen indicarlo. Vemos ahí que los personajes que ofician los ritos o representan altos cargos aparecen pronunciando largos discursos, matizados por giros cargados de metáforas brillantes, como lo indican los jades y objetos preciosos que acompañan a las vírgulas que denotan el lenguaje (figura 5). Los textos nahuas dicen que en Teotihuacan nació el señorío y que ahí se elegía a los gobernantes, una tradición que se perpetuó en Cholollan, Tula, Chichén-Itzá y Tenochtitlan, capitales políticas a las que los jefes de los reinos

¹⁸ Saburo Sugiyama, “Rulership, Warfare, and Human Sacrifice at the Ciudadela, Teotihuacan: An Iconographic Study of Feathered Serpent Representations”, 1992, pp. 220-221; Sugiyama, “Teotihuacan as an Origin for Postclassic Feathered Serpent Symbolism”, pp. 121-122; Sugiyama, *Human Sacrifice, Militarism and Rulership. Materialization of State Ideology at the Feathered Serpent Pyramid, Teotihuacan*, capítulo 8; Taube, “La Serpiente Emplumada en Teotihuacan”, pp. 36-41.

subordinados debían acudir para recibir la investidura real y los símbolos toltecas del poder.¹⁹

Los testimonios arriba citados y la riquísima colección de monumentos, emblemas, pinturas y textos relativos a la organización del reino tolteca y sus herederos dan pie para proponer el siguiente esquema sobre la posible estructura del gobierno de Tollan-Teotihuacan en la época de su esplendor, en los siglos II a V (figura 6).

Esta estructura se caracteriza por la concentración en las manos del tlatoani de los hilos políticos, económicos, sociales, militares, religiosos y administrativos que integraban las redes del poder. Se trata, como hemos visto, de redes de poder jerarquizadas, que se extendían a diversas áreas y ataban en forma descendente a los encargados de su manejo. Esta revaloración de los procesos que construyeron el Estado teotihuacano obliga también a revisar la relación entre el poder político y la institución religiosa, que por mucho tiempo fue considerada superior o semejante en jerarquía al primero. Los datos aquí acumulados muestran sin lugar a dudas que el ajaw maya o el tlatoani nahua fueron las cabezas del poder político desde el principio de los reinos, y que en estos jefes se concentraron las funciones militares y religiosas del reino. Sin embargo, la interpretación que argüía que el reino de Teotihuacan fue gobernado por una teocracia por muchos años impidió reconocer las evidencias del militarismo y del culto a la guerra, la presencia de una jerarquía política organizada centralmente, y la profundidad de una red de relaciones políticas, económicas y culturales que marcaron el desarrollo histórico de Mesoamérica.

TOLLAN, EL REINO PARADIGMÁTICO

Un rasgo distintivo de la tradición política tolteca fue la elevación del reino al más alto lugar de las creaciones humanas. En los antiguos mitos cosmogónicos la fundación del reino aparece como la tercera creación, después de la del cosmos, las plantas cultivadas y los seres humanos. Y en los textos nahuas que se refieren a la fundación de Tollan, ésta se equipara al comienzo de la vida civilizada.

Fue tan honda la impronta del Estado teotihuacano en el territorio que su habla se convirtió en el lenguaje del poder en Mesoamérica. Esta tradición tuvo su origen en Tollan-Teotihuacan, como lo sugiere un texto antiguo que dice que en Teotihuacan “se elegía a los que habían de regir a los demás”: “Ahí [en Teotihuacan] se dieron las órdenes, allí se estableció el señorío. Los que se hicieron señores fueron los sabios, los conocedores

¹⁹ Enrique Florescano, *Quetzalcóatl y los mitos fundadores de Mesoamérica*, capítulos 3, 4, 5, 6 y 7, 2004.



Figura 5. Pintura mural de Teotihuacan que retrata a un personaje ricamente ataviado cuyas manos derraman semillas, flores y objetos preciosos. El personaje canta o pronuncia un discurso florido, como lo indican las largas volutas que salen de su boca. Foto tomada de De la Fuente, 1995

de las cosas ocultas, los poseedores de la tradición”.²⁰ En la memoria antigua de Mesoamérica, Teotihuacan es el lugar de los orígenes, la cuna donde nació el Quinto Sol, el nuevo orden que sustentó la vida de los seres humanos bajo el patrocinio de Ehécatl, el dios del viento. Ehécatl es el numen tutelar del reino de Tollan y el protector de Quetzalcóatl, el gobernante fundador de la dinastía tolteca más celebrada. Los cantos nahuas que exaltaban a Tollan como el reino donde se inauguró el poder real y se legitimaba a los gobernantes fueron confirmados por los últimos descubrimientos arqueológicos realizados en el edificio de la Serpiente Emplumada y por los estudios que descifraron la presencia en los reinos mayas de dinastías derivadas de Teotihuacan.

La marca que distingue a Teotihuacan de los otros reinos de Mesoamérica es la fundación de un Estado territorial administrado por instituciones gobernadas por un mando central. En contraposición a la fragilidad de los señoríos sustentados en la fuerza o debilidad del gobernante en turno, Tollan-Teotihuacan tuvo una estabilidad que se prolongó por varios siglos. Sus gobernantes, altos funcionarios, sacerdotes y militares probablemente pertenecían a los principales linajes, pero eran reclutados para el servicio del Estado y a éste debían su primera lealtad. Una prueba de la ascendencia del Estado sobre cualquier otra lealtad la ofrece el culto a las deidades estatales que aparecen entonces y se superponen a los cultos grupales o étnicos. Otro indicador de la supremacía estatal la brindan los mitos y cantos, las ciencias, las artesanías y las obras producidas por los pobladores de Tollan, que eran reconocidos como “tultecas”, es decir, se identificaban con el Estado o la ciudad que los protegía. La palabra Tollan, al nombrar al Estado, abrazaba todo lo contenido en él.²¹

En su desenvolvimiento Tollan abrevó en las herencias políticas que le antecedieron, pero su organización exhibe características singulares. Como dice Karl Taube, “en muchos aspectos el gran período Clásico de la ciudad de Teotihuacan puede considerarse como la fuente canónica de la cultura náhuatl del Posclásico”.²² La profundidad de las raíces de Tollan en el Altiplano Central hizo de este Estado una suerte de cultura madre, un núcleo duro aposentado en el valle de Teotihuacan cuyas semillas se desparramaron luego por diferentes territo-

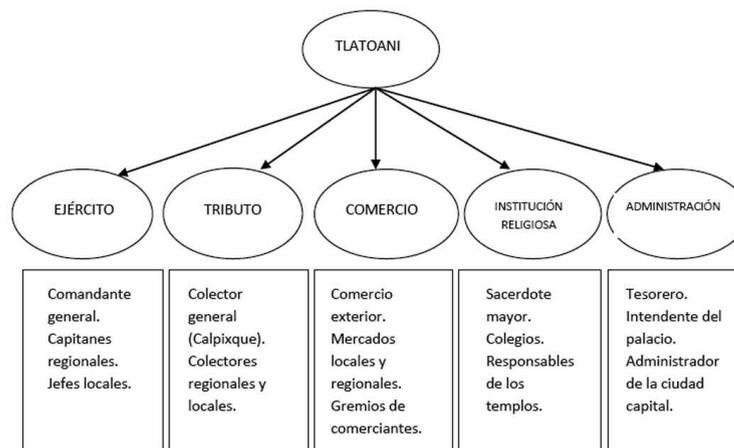


Figura 6. Estructura de gobierno

rios y sentaron las bases de la posterior unidad cultural de los reinos que reclamaron descender de la estirpe tolteca.

El basamento de esa unidad cultural fue la lengua náhuatl, que desde hace tiempo se especuló que había sido el idioma de Tollan.²³ El estudio de los glifos hallados en las pinturas de Techinantitla antes mencionadas, y la excavación de un edificio en el barrio de La Ventilla, en uno de cuyos patios se encontró un grupo de 42 glifos pintados, acabaron con esas especulaciones (figura 7).²⁴ Karl Taube reunió éstos y otros testimonios y en un análisis brillante mostró que el náhuatl era la lengua de la legendaria Tollan. Dice Taube que al igual que las otras culturas de la época clásica, Teotihuacan tenía un sistema de escritura bien desarrollado, similar al de los aztecas, y afirma que muchos de sus glifos pueden rastrearse en las escrituras de Xochicalco, Cacaxtla y Tula.²⁵ El reconocimiento de que la antigua Tollan es Teotihuacan y su idioma el náhuatl, quiere decir que la cultura nahua es la más antigua, continua e influyente de Mesoamérica. Según esta tesis, se trataría de una cultura que arranca desde el periodo Formativo

²⁰ Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, II, Libro décimo, capítulo XXIX, 1988, pp. 973-974.

²¹ La obra de Bernardino de Sahagún, que recoge la diversidad de expresiones de la lengua náhuatl, nos brinda un catálogo de los conceptos políticos, sociales, étnicos y culturales que significaban la cultura tolteca y su relación con el Estado teotihuacano.

²² Karl Taube, “The Turquoise Heart: Fire, Self-Sacrifice, and the Central Mexican Cult of War” en *Mesoamerica's Classic Heritage: From Teotihuacan to the Great Aztec Temple* (editado por D. Carrasco, L. Jones y S. Sessions), University Press of Colorado, Niwot, 2000, p. 269.

²³ En un estudio hoy olvidado sobre los portadores de la cultura teotihuacana, Wigberto Jiménez Moreno había llegado a la conclusión de que los fundadores de Teotihuacan, como sus descendientes, los no-noalca, hablaban náhuatl. “Era esta habla —dice—, sin duda, la dominante en Teotihuacan —la primera urbe que recibió el nombre de Tollan (=metrópoli)—, siendo sus habitantes los más antiguos *tolteca*”. Véase Jiménez Moreno, “Los portadores de la cultura teotihuacana”, pp. 1-12. Millon (“Teotihuacan, City, State and Civilization”, p. 232), dice que “el principal lenguaje hablado en Teotihuacan fue probablemente el náhuatl”. Asimismo, Pasztory (*Teotihuacan: An Experiment in Living*, p. 251) asienta que el náhuatl fue el lenguaje de Teotihuacan. Apoyado en un análisis lingüístico, Manrique Castañeda llegó a la misma conclusión: “Creo que se debe al ‘imperio’ teotihuacano la presencia original del náhuatl en las muchas regiones donde ahora se le encuentra”. Véase su estudio “Historia de las lenguas indígenas de México”, pp. 51-83. La cita es de las pp. 64-65.

²⁴ Rubén Cabrera Castro, “Teotihuacan Cultural Traditions Transmitted into the Postclassic According to Recent Excavations”, University Press of Colorado, 1999, pp. 195-218. Figuras 7.13, 7.14 y 7.15.

²⁵ Karl Taube, *The Writing Systems of Ancient Teotihuacan*, Center for Ancient American Studies, Barnardsville, N.C., Washington, D.C., 2000.

y llega hasta el presente, se extiende por diversos ámbitos del territorio y en largos periodos del Clásico y del Posclásico su habla fue la *lingua franca* de Mesoamérica, la lengua de los intercambios entre los pueblos y el lenguaje de la retórica política.²⁶

Quizás el logro más duradero de los gobernantes de Tollan consistió en envolver esas hazañas en los lenguajes del mito, el rito y la ideología política. El mito del Quinto Sol, con su cauda de alegorías magnéticas (la creación de los seres humanos, la vida civilizada y la dinastía real), se convirtió en el paradigma de los mitos de origen de los Estados posteriores. Así lo sugiere la reencarnación de Ehécatl, el dios creador de Tollan, quien reaparece 500 años más tarde en el *Códice de Viena* como el numen que ampara la fundación del reino mixteco de Tilantongo. Y otros 500 años después lo vemos figurar como el dios protector de los pueblos mixtecos re-

²⁶ El famoso “lenguaje de Tulán Zuyúá” de los mayas de Yucatán, que era el lenguaje de la élite política, era el náhuatl. Véase Florescano, *Memoria indígena*, capítulo 5.

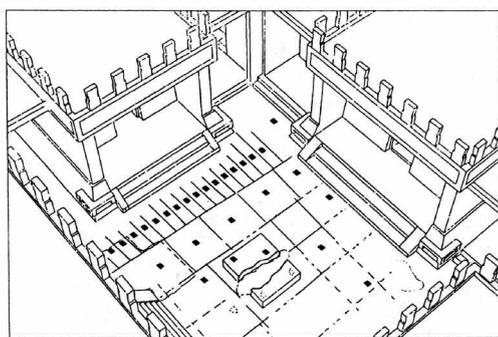


Figura 7. Escritura teotihuacana en el patio de los glifos de La Venta. Foto tomada de Taube, 2000: 14, figura 10

fundados en esa región por las autoridades españolas en los siglos XVI y XVII.²⁷

Tollan no fue la metrópoli que inventó estos mitos fundadores y conceptos refinados, pero sí la matriz que supo recoger los legados provenientes de otros pueblos y envolverlos en el lenguaje propio de la cultura y el Estado tolteca. Una vez asentados y reproducidos en Tollan, estos conocimientos fluyeron con tal fuerza hacia las diversas regiones de Mesoamérica, que muchos siglos más tarde el encuentro con sus vestigios tiene la virtud de iluminar nuestras disquisiciones sobre el misterio de las creaciones humanas. Uno de estos vestigios es el texto siguiente, que le atribuye a Huémac, el legendario rey de Tula, la creación de un libro de libros, una suerte de Biblia o enciclopedia universal donde se habían atesorado los innumerables saberes creados por el genio tolteca. Dice este texto que Huémac, el último de los soberanos de la Tula de Hidalgo, juntó todas las historias que tenían los toltecas desde la creación del mundo hasta en aquel tiempo, y las hizo pintar en un libro muy grande, en donde estaban pintadas sus persecuciones y trabajos, prosperidades y buenos ejemplos, templos, ídolos, sacrificios, ritos y ceremonias que ellos usaban; astrología, filosofía, arquitectura y demás artes [...], y un resumen de todas las cosas de ciencia y sabiduría, batallas prósperas y adversas y otras muchas cosas e intituló a este libro [...], Teomoxtlí, que bien interpretado quiere decir [...] libro divino.²⁸

Sugiero que el *Libro de libros* que cita el cronista Ixtlilxóchitl se inventó en Tollan y fue el canon que en adelante sirvió como modelo para componer la memoria de los mixtecos en el *Códice de Viena*, de los k'iche' en el *Popol Vuh*, de los kaqchikeles en el *Memorial de Sololá*, y de los nahuas de Tenochtitlan en la *Leyenda de los Soles* y la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*.²⁹

De modo que la revisión de Tollan-Teotihuacan al trasluz de la historia política nos entrega una nueva imagen de esa metrópoli: la imagen del reino que fue la encarnación del poder político y militar en la época clásica, el modelo de la metrópoli cuyos basamentos culturales sostuvieron el edificio de la vida civilizada. En contraste con la interpretación de numerosos historiadores que sitúan el arte como la expresión más alta del espíritu de esos pueblos, los antiguos mesoamericanos consideraron la organización política como la matriz de las creaciones humanas más elevadas. **U**

²⁷ Enrique Florescano, *Historia de las historias de la nación mexicana*, capítulo 5, Ediciones Taurus, 2002.

²⁸ Alva Ixtlilxóchitl (1985), *Obras históricas*, edición de Edmundo O'Gorman, I, p. 270.

²⁹ Sostengo esta tesis en el artículo “Chichén-Itzá, and the Origins of the Popol Vuh”.